Videla ha dado con su valiosa obra los primeros pasos en este camino. La aportación documental que suministra, aunque no ha pretendido ser completa, sino más bien antológica, es considerable y muy útil, sobre todo teniendo en cuenta que la mayor parte de los textos ultraístas están enterrados en los fondos dispersos de las hemerotecas. Ahora podemos disponer de los más importantes en los numerosos textos que cita la autora a lo largo de su trabajo y especialmente en el «apéndice de documentos» que añade al final. Después de tantos años, se desempolva la «petite histoire» del ultraísmo. Esta es la tarea a la que se ha aplicado Gloria Videla. Las limitaciones hay que verlas teniendo en cuenta la falta de estudios previos. Ahora es el momento en que podrán estudiarse las repercusiones del ultraísmo en Hispanoamérica, especialmente en Argentina, lo que significa concretamente su aportación a la lírica contemporánea y su sentido en la realidad histórica de la época.—JOSÉ ESCOBAR.

CRONICA DE POESIA

Sin prevención ni aviso, bruscamente, se acaba de extinguir una de las más importantes voces de la poesía contemporánea en castellano. CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, *que no llegó a publicar originales de Luis Cernuda, pero cuyas páginas acogieron con frecuencia —últimamente, en estas «Crónicas de poesía»— textos encaminados a precisar y a glosar el perfil creador y crítico del gran poeta sevillano, rinde aquí hoy una vez más, y mediante estas líneas provisionales, homenaje de devoción a su admirable obra, cuyas claves máximas vienen dadas por su «suma poética»* La realidad y el deseo, *sus libros de prosa de creación* Ocnos, Tres narraciones *y* Variaciones sobre tema mexicano, *su bibliografía de tipo ensayístico y sus traducciones de Hölderlin y de Shakespeare.*

Es muy pronto quizá para aventurar un balance, siquiera aproximado, del peso y la trascendencia que en la poesía de lengua española, y desde hace más de treinta años, ha adquirido y puede seguir adquiriendo la obra cernudiana. No es pronto, en cambio, para afirmar que su muerte nos deja, en poesía y aun en crítica de poesía, huérfanos de mucho.

En la tierra de Méjico, donde se encontraba de paso —porque Luis Cernuda estaba, no importa en qué lugar, siempre de paso—, y donde, hace cinco años, apareció la tercera y suprema edición de su maravilla antológica La realidad y el deseo, *ha caído de pronto, entre gente que*

hablaba nuestro idioma, uno de sus más hondos y exquisitos cultores actuales. No, cierto, sus lentos ojos ya no verán más el Sur. Mas de él y su obra, cada uno pudiéramos decirnos ahora lo que él dijera de A. G. en «In memoriam», uno de sus poemas recientes:

Pero su muerte, al allegarle ahora,
calló la voz que cerca nunca oíste,
a cuyos ecos despertaron tantos
sueños del mundo en ti nunca vividos,
hoy no soñados porque ya son vida.

☆

Del presente conjunto de poemas (1) comienza por ser interesante incluso su proceso de selección. Percatados de las dificultades, casi insalvables, inherentes a toda labor antológica, los editores de las presentes *Cien poesías nicaragüenses* empezaron por poñer en manos de un escritor joven la tarea de una primera cosecha sobre los anchos y nobles campos de la poesía de Nicaragua; ese primer haz de poemas fué luego discutido y modificado por poetas de generaciones anteriores y hasta «provocó polémicas personales entre ellos»; finalmente, y al cabo de las previsibles diatribas y acuerdos mantenidos por los últimos poetas y sus predecesores inmediatos, se llegó a este resultado «de parcialidad confesa, de exigente criterio y de cerrado número 100».

Es evidente, pues, que, en su base, el recuento a que estamos refiriéndonos ha sido hecho por las generaciones más modernas. Conviene agregar que el absorbente «peligro Darío» fué conjurado mediante el procedimiento de dejar para el final al padre de la poesía nicaragüense—dándole luego la mayor cantidad posible de textos—, que las cien piezas no abarcan a los poetas nacidos después de 1935 y que, según se hace constar, en ningún momento se pretendió una selección de «las cien mejores», sino únicamente de cien poesías nicaragüenses especialmente representativas. Pienso que los objetivos editores han sido cubiertos con acierto y largueza; una especie de «apéndice previo», en el que supongo incluída la voz poética de Mario Cajina-Vega, y que ofrecía una selección de los más recientes poetas de Nicaragua, complementó, en su día y por anticipado, esta excelente entrega especial de la revista *El pez y la serpiente.*

Resulta sorprendente el hecho de que un país cuya población total está alrededor del millón y medio de ciudadanos haya producido y siga produciendo las netas, abundantes y poderosas aportaciones a la poesía de habla hispánica con que Nicaragua contribuye y contribuyó

(1) *Cien poesías nicaragüenses.* Número especial de la revista «El pez y la serpiente». Managua (Nicaragua), 1963.

siempre a su rico acervo. Una interpretación provisional y apresurada del asombroso fenómeno poético nicaragüense pudiera invocar, aparte las razones de su rica tradición y el decisivo impulso de Rubén Darío —figura nacional y, por ende, gran promotor de vocaciones similares—, otros argumentos precisamente fundados en su limitada ciudadanía, cuya brevedad anima acaso —y aun tal vez secretamente— a las promociones intelectuales del país, estimulándolas a un superior esfuerzo capaz de compensar la inferioridad numérica de aquél y de engrandecer, en la ardiente medida de sus posibilidades, la significación y el nombre de la patria. En todo caso, el hecho, sea cual fuere la versión con que tratemos de explicarlo, es insólito, notable en grado sumo. En calidad y en cantidad, una de las más pequeñas repúblicas de Hispanoamérica aventaja palmariamente en poesía a casi todas sus hermanas superiores —empezando por la Argentina— y figura entre las de mayor fuerza, variedad y acento personal.

Esta antología de la revista *El pez y la serpiente* no es sino la más reciente prueba de una verdad largamente comprobada. Los nombres, ayer, de Rubén Darío, Azarías H. Pallais, Salomón de la Selva y Alfonso Cortés, junto a los actuales de Pablo Antonio Cuadra, José Coronel Urtecho, Ernesto Cardenal, Joaquín Pasos, Carlos Martínez Rivas, Ernesto Mejía Sánchez, Fernando Silva, María Teresa Sánchez o Eduardo Zepeda Henríquez, constituyen una impresionante nómina de auténticos poetas, no requintada hasta la fecha, en cuanto a número y categoría, por ningún otro proporcional balance nacional de la poesía hispanoamericana. De esa copiosidad, sumada a la buena clase, nos dan sobrada cuenta estas *Cien poesías nicaragüenses,* cuya diversidad y peculiar acento son, por otra parte, y sin aludir ya a tablas comparativas, muy notorios.

Un poema introductorio de Mariana Sansón Argüello y un minucioso y preciso intento interpretativo de Pablo Antonio Cuadra; sendas ilustraciones aborígenes y de Leoncio Sáenz; dos facilitadores «mapas» y «árbol genealógico» de la poesía nicaragüense, y una relación —tal vez no muy completa— de las antologías anteriormente dedicadas al tema, dan cuenta de la bien cuidada edición, que ha sido dirigida asimismo por el poeta Pablo Antonio Cuadra.

☆

El crítico sagaz y ponderado que hay en José Luis Cano traza en el número 203 de la revista *Insula* unas atinadas consideraciones sobre el libro que inmediatamente va a ocuparnos (2); diferimos de

(2) J. M. Caballero Bonald: *Pliegos de cordel.* Col. «Colliure». Jaime Salinas, Editor. Barcelona, 1963.

uno de sus razonamientos. Dice Cano que, antes de *Las horas muertas*, su libro anterior, la obra poética de José Manuel Caballero Bonald «se había mantenido fiel a un mundo de intensa subjetividad». La afirmación, del todo válida por lo que se refiere a los volúmenes más recientes del poeta, no reza, en cambio, por lo que toca a su obra inicial, representada por *Las adivinaciones*, libro estampado por «Adonais», y *Memorias de poco tiempo*, publicado algo después por la colección «La Encina y el Mar», de Ediciones Cultura Hispánica. Conviene precisar, con todo, que la «objetividad» de ambos volúmenes no debe ser entendida en el concepto contemporáneo del término, sino en su acepción más amplia y sencilla, a la vez, quizá, que más tajante. No ya los temas y referencias de aquellas *Adivinaciones* y *Memorias*, sino también su directo y conmovido tratamiento parecen negar, incluso mediante una sola y atenta ojeada a los títulos de ambos índices, la total subjetividad a que se refirió el comentario de *Insula*. Bien es cierto que, a partir de las citadas entregas, la poesía de Caballero Bonald derivó hacia una suerte de hermetismo ya sugerido en ellas, tendencia que espesa su poderío hasta *Las horas muertas*, en que, como muy justamente señala José Luis Cano, reemprende J. M. C. B. un evidente y feliz regreso hacia una poesía de nuevo más directa, aunque enriquecida por sus viajes a otras y más sombrías zonas del pensamiento y la expresión.

En *Pliegos de cordel* se impone con mayor evidencia ese retorno hacia la claridad que constituye el último estadio de la labor poética de José Manuel Caballero Bonald. Las virtudes y riquezas expresivas, los aciertos adjetivadores, la alta calidad literaria de su poesía, son las de siempre. Caballero Bonald maneja un léxico de primera clase, últimamente dotado de singulares accidentes de contraste, que a veces enrarecen y muchas más enriquecen, de escondidos ironía o desgarro, el cuerpo vivo de sus poemas. Un afán de pueblo, un marcado y reiterado propósito de despersonalización, de vuelo desde lo individual hasta lo colectivo, si bien expresado a través de un lenguaje selectísimo, es acaso la característica más notable de *Pliegos de cordel*. Característica, repetimos, expresa y repetida a lo largo de todo el libro y desde sus tres primeros versos:

Crónica de mis años
peores, dije
lo que sólo era mío...

Las memorias de infancia, pesarosamente recordadas por el poeta, y que éste a veces incluso parece reprocharse a sí mismo por lo que aquella edad tenía, al desembocar en la adolescencia, de alejamiento

de sus presentes desvelos e inquietudes, se acendran y cobran mucha categoría poética en los poemas titulados «Otra vez en lo oscuro», «Estación del jueves», «El registro» y, especialmente, en «La llave»:

Y entonces fué cuando llegamos
a la casa de campo. Atardecía
húmedamente entre los prietos
plantones de piorno y ya se columbraba
la lueñe sombra de los robledales
desde el recodo de la trocha. Olía
a acequia y a lentisco.
y al seminal sopor de los establos. Era
de cal la luz y en los ladrillos
rebullía el resol como una sábana
de sofocante vaho.
Me acuerdo de la casa
como si fuese un cuerpo echado
sobre mí...

Pero ya están, en aquellos años inaugurales, las motivaciones, los descubrimientos, las creencias intuídas y reveladas que configurarán al hombre venidero. Ya empieza éste a tener en su mano...

desde el rincón de reo
de mi infancia...

(Pág. 22.)

...la llave aquella con que abrí
el sedimento libre de mi vida.

(Pág. 40.)

Piezas de gran tono son asimismo, y a nuestro personal entender, «Plaza Mayor», «Romance de ciego», «Calles neutrales», «Color local», «Oye cantar los gallos de la aurora» —donde creemos encontrar distanciados ecos de ciertos modos técnicos de Blas de Otero—, «Verano solo» y el espléndido, sangrante «Documental» último, cuyo estremecedor asunto, radiante claridad y conmovido eco le convierten en una de las piezas más importantes del libro.

En cuantos poemas hemos citado aparecen reveladas con especial evidencia las valiosas y últimas conquistas de la poesía de José Manuel Caballero Bonald; ellos son las palpables muestras de un arte más tembloroso, comunicativo y asequible, al mismo tiempo que más rico y más exento de otros elementos que no sean de procedencia y destino estrictamente poéticos. Cumplen, según creemos, el papel particularmente testimonial que el poeta ha aplicado a su libro, pero añadiendo

a él, además, con más lograda y certera eficacia, una entereza temática, técnica y expresiva del mejor cuño y del brazo de una transparencia definitiva ya tal vez.

La edición barcelonesa de «Colliure», colección al cuidado de Jaime Salinas y J. M. Castellet, reviste la sencillez y primor a que nos tiene acostumbrados desde su aparición.

☆

La limitación del espacio y la siempre creciente acumulación de libros por reseñar nos insta ahora a aludir de manera apresurada y, evidentemente, no correspondiente a la normal extensión de estos comentarios, a dos libros muy diversos y de muy aproximadas fechas de aparición.

El primero de ellos (3) reitera la madurada ascensión de su autor hacia logros mucho más altos de lo que prometía su copiosa obra inicial, especialmente por lo que se refiere al extenso y hermoso poema que da título al volumen.

En «La hora undécima», José García Nieto reanuda la línea honda, sobria y segura de sus previos «Elegía en Covaleda» y «El parque pequeño»; tratado con maestría y amplitud, con andadura firme y demorada, este poema nos sitúa ante el hombre que siente avecinarse su «hora undécima», es decir, su tiempo penúltimo. En medio de esa percepción o trance, el poeta revista con apasionada congoja los dones e instantes que le ofreció la vida, y en su soledad, poblada por el tumulto de los recuerdos y del presente, clama el desconsuelo de su trágica temporalidad y se remite, en fin, igual que una criatura empavorecida, al refugio de Dios:

¡Grita! ¡Nómbrame
para saber que todavía es tiempo!

.....

Yo soy el hombre, el hombre, tu esperanza,
el barro que dejaste en el misterio.

Completan el libro, muy dignamente editado por la colección «Palabra y tiempo», nueve sonetos, acerca de cuya justeza, por lo que respecta a la perfección formal y técnica, no hay sino que citar el nombre de su autor, pero que entroncan mayormente, en cuanto a tema y retórica, con su obra pretérita; siguen sendos homenajes a Rabindranath Tagore, Lope de Vega, Velázquez, Juan Ramón Jimé-

(3) José García Nieto: *La hora undécima.* Vol. XIV de la Col. «Palabra y tiempo». Ediciones Taurus. Madrid, 1963.

nez, Vicente Aleixandre y Gerardo Diego, de variados factura e interés, y dan cuenta del libro «Tres poemas breves», el primero de los cuales, «El poema», es quizá el más significativo de las tres partes finales, que presentan, con respecto a la primera, «La hora undécima», claras desigualdades temáticas y cualitativas. Pero, sin duda, la dilatada pieza que lo abre y titula categoriza al libro largamente —mejor dicho, *es* el libro— y reafirma a un José García Nieto en su sazón mejor.

☆

El poeta hondureño Santiago Flores Ochoa, autor de *Sonetos de luz al viento* (4), rinde tal género de sumisiones al metro, a la rima y al soneto, que ellos, y no lo que con ellos tiene que decir o cree que tiene que decir, parecen constituir la única razón de ser de este libro, impreso en Méjico, decididamente flojo, preceptivo hasta rayar en lo escolar e inundado de pomas, acrópolis, walkirias, proas de cristal, Parises, medallones, vestales, oriflamas y otros modernismos que ya, ciertamente, distan de serlo. Incluso dentro de este orden de cosas, graves e incansables defectos de medida y acento, ripios de alto bordo, contribuyen con eficacia a alejar cualquier voluntad de benevolencia crítica, la cual debe atenerse, en última instancia, a señalar el redentor pero insuficiente destello de seriedad y de intimismo que parece insinuarse en «El barco viejo» (pp. 67 y 68).

Gracias a la nueva revista *Honduras Literaria* nos consta que la actual poesía hondureña, de la que tan escasa noticia tenemos, es muy superior a ésta que, con tan penosos e inusuales términos de dureza —obedientes, eso sí, a un insoslayable propósito de saneamiento y orientación—, acabamos de registrar; en nombre de aquel distante y fraterno país, no podemos sino celebrar esa diferencia.—FERNANDO QUIÑONES.

«CALIGULA», DE ALBERT CAMUS

A J. L. G.

La obra teatral más importante de las estrenadas en lo que va de temporada es *Calígula,* de Albert Camus. Se ha estrenado en el teatro Bellas Artes, en versión de J. Escué Porta y bajo la dirección de José Tamayo, siendo principales intérpretes José María Rodero (Calígula),

(4) SANTIAGO FLORES OCHOA: *Sonetos de luz al viento.* Méjico, D. F., 1963.